

CÓRDOBA Y LA REVOLUCIÓN DE MAYO

I

Desde los días de Caseros hasta ya entrado el presente siglo, las generaciones argentinas crecieron en una atmósfera de admiración ilimitada a los plasmadores de su cultura, cuya labor proteica hizo posible en breve término la organización integral del país.

Las preferencias o inclinaciones personales impulsaron en cada caso la adhesión a las ideas y sentimientos de alguno de los estadistas y escritores próceres, — Sarmiento, Alberdi, Mitre y López, — sobre todo en lo relativo al pasado y los asuntos nacionales.

Es ello tan visible, que podría señalarse en casi todos nuestros ideólogos, políticos y literatos de la época, la influencia de aquellos conductores en el proceso de su formación mental. Repiten y amplifican unos los conceptos de Sarmiento o Alberdi; quieren otros perpetuar la tradición egregia de Mitre o López. Hasta las ardientes polémicas trabadas entre los maestros, trascendían a los discípulos fidelesísimos, amarrándolos a su posición de servidumbre intelectual, en nada depresiva, y en todo muy honrosa, por cierto.

Los primeros ensayos de revisión histórica o de orientación sociológica moderna, consumados con prescindencia de los asertos clásicos, — el adjetivo cae a plomo — fueron tomados por expresión de afanosa novelería, cuando no por productos de una perfidia iconoclasta. ¡Lo que oyeron Groussac y David Peña, entre otros, sólo por publicar trabajos de crítica o rectificación, asentados en pruebas concluyentes!

Por lo dicho se comprende la vitalidad de aforismos como el de “gobernar es poblar” y de fórmulas como la de “civilización y barbarie”, para contener todo nuestro problema histórico-político; y se comprende, también, la supervivencia tenaz de ciertas afirmaciones

que han tomado categoría de verdades inconvencibles en el consenso público. Cuesta mucho evadirse del dogma; y cuesta más, todavía, acabar con el error. Menos mal cuando se trata de leyendas de sano sentimentalismo patriótico, — así la de Falucho, — o de indudable valor estético y copioso contenido humano, — tal la de Lucía Miranda.

A propósito cabe señalar como ejemplo el concepto generalizado sobre Rivadavia. No ya el común de las gentes, sino el común de las personas de presunta cultura, tiene al gran civilizador por un anticatólico teñido al rojo vivo, mezcla de Voltaire y de Mazzini. Y es hecho real que Rivadavia impuso su famosa reforma eclesiástica rodeado y apoyado por clérigos; y lo es asimismo que como buen creyente, católico de confesión y comunión, cumplía con pulcritud devotísima todos los preceptos de la Iglesia. No en balde era típicamente — valga el símil — un político de “mester de clerecía”, que por temperamento y educación acostumbraba hacer las cosas “a sílabas cuntadas”.

La verdad lisa y llana es que fué un regalista de clara estirpe. En materia de fe, ni más ni menos ortodoxo que el deán Funes; y como funcionario o gobernante, ni más ni menos celoso que Pizarro para defender las prerrogativas del Estado. Sin embargo, escritores de importancia que entonan loas al liberalismo de Rivadavia, presentan a Funes y a Pizarro como exponentes del más sombrío espíritu medioeval. ⁽¹⁾

Patraña semejante a esa del anticlericalismo de Rivadavia, es esta otra de filiación inconfundible: la de que Córdoba — “la Pompeya americana”, “la ciudad de los templos” — fué el baluarte del realismo durante la Revolución de Mayo, a la cual negó todo concurso. Digo de filiación inconfundible, porque es fácil precisar su origen en un pasaje del *Facundo*, que voy a extractar:

“Es verdad que el viajero que se acerca a Córdoba, busca y no encuentra en el horizonte la ciudad santa, la ciudad mística, la ciudad con capelo y borlas de doctor. Al fin, el arriero le dice: “Vea, ahí abajo... ,entre los pastos...”. Y en efecto, fijando la

(1) Ingenieros, en *La evolución de las ideas argentinas*, sindic a Funes como el “enemigo natural de la revolución de Moreno, de Castelli, de Paso”; y Aníbal Ponce, en su *Sarmiento*, presenta a Pizarro como “un santurrón cordobés, obscuro zascandil de sacristías”.

vista en el suelo y a corta distancia, vense asomar una, dos, tres, diez cruces seguidas de cúpulas y torres de los muchos templos que decoran esta Pompeya de la España de la Edad Media...

“En cada cuadra de la sucinta ciudad hay un soberbio convento, un monasterio, o una casa de beatas o de ejercicios...”

“Durante toda la revolución, Córdoba ha sido el asilo de los españoles, en todas las demás partes maltratados. Estaban allí como en casa. ¿Qué mella haría la revolución de 1810 en un pueblo educado por los jesuítas, y enclaustrado por la naturaleza, la educación y el arte? ¿Qué asidero encontrarían las ideas revolucionarias, hijas de Rousseau, Mably, Raynal y Voltaire, si por fortuna atravesaban la pampa para descender á la catacumba española, en aquellas inteligencias que, como su paseo, tenían una idea inmóvil en el centro, rodeado de un lago de aguas muertas, que estorbaba penetrar hasta ellas?...

“La revolución de 1810 encontró en Córdoba un oído cerrado, al mismo tiempo que las provincias todas respondían a un tiempo: “¡a las armas! ¡a la libertad!” En Córdoba empezó Liniers a levantar ejércitos para que fuesen a Buenos Aires a ajusticiar la revolución; a Córdoba mandó la Junta uno de los suyos y sus tropas a decapitar a la España. Córdoba, en fin, ofendida del ultraje, y esperando venganza y reparación, escribió con la mano docta de la Universidad y en el idioma del breviario y los comentadores, aquel célebre anagrama que señalaba al pasajero la tumba de los primeros realistas sacrificados en los altares de la patria: CLAMOR.

“Ya lo veis, Córdoba protesta y clama al cielo contra la revolución de 1810”.

Las palabras transcriptas perduran como un estigma. Córdoba aparece a través de ellas, por incomprensible paradoja, como integrante de la fuerza opuesta a la civilización, dentro de la conocida fórmula de Sarmiento. En la vejez, y ya seguramente advertido de la contradicción, — sobre la cual he de volver — el terrible batallador quiso justificarla con un sarcasmo genial: ¡Córdoba era la “Atenas de la barbarie docta”! (2)

De nada valió que en oportunidades diversas y por espíritus

(2) Sarmiento, *Obras*, tomo XLVIII, pág. 213.

insospechables de sectarismo, se encendieran llamaradas de verdad para disipar las sombras acumuladas por Sarmiento en torno a Córdoba. Quedó firme la tremenda sentencia; y las buenas intenciones solamente alcanzaron la resonancia efímera de un discurso, de una publicación de revista, de un libro ocasional. (3)

Altas figuras del pensamiento y la cultura, siguieron por muchos años las huellas marcadas con tanto vigor en el *Facundo*. Ahí está Lugones, — el Lugones de vísperas de la guerra, — quien glosa una anécdota de Sarmiento para hablar de la “ciudad conventual, fosilizada por la petrificación de sus iglesias, sepultada en la fosa de sus barrancas estériles: ignorante y bachillera; cazurra y fatua; rezadora y egoísta, — beata, en fin!” (4). Si bien más tarde habría de decir en su homenaje, que “argentina como ninguna, corazón y cerebro en la realidad que no en la imagen, correspóndele el supremo galardón de llamarse Córdoba de la Patria”. (5)

Ahí está Ingenieros. En *La evolución de las ideas argentinas* hace suyo el concepto obsesivo de Sarmiento. Los términos extremos de “civilización y barbarie”, se truecan en el libro de Ingenieros en “Libertad y Absolutismo” (6), así con mayúsculas y seguidos de vocablos complementarios, destacados en la misma forma. Córdoba es — ¡naturalmente! — la fortaleza del Absolutismo, del Privilegio y del Error. Ingenieros estudia sagazmente — desde su punto de vista — los efectos del choque de “dos sistemas de ideas generales”. Nos hallamos otra vez en presencia de lo que Orgaz llama con certera precisión “dualismos de largo alcance, — suerte de duelos sociales gigantescos, — movidos casi siempre por los que ceden al encanto de las generalizaciones repentinas y herborizan analogías y leyes en el área histórica que recorren”. (7).

Y aun Alfredo L. Palacios, — tan caracterizado por la independencia de sus juicios, — sacaba a relucir, hace algún tiempo,

(3) Manuel Peña, *Discurso en la Cámara de Diputados de la Nación*. (Diario de Sesiones, año 1910, tomo III, pág. 311 y siguientes). — Valentín Alsina, *Notas al libro Civilización y Barbarie* (“Revista de Derecho, Historia y Letras”, tomo X, passim. — José Manuel Elizaguirre, *Córdoba*. (Córdoba, 1898).

(4) Lugones, *Sarmiento*.

(5) Lugones, *Córdoba de la Patria*. (En “La Nación” del 1° de enero de 1931).

(6) Ingenieros, *La evolución, etc.* Introducción.

(7) R. A. Orgaz, *La sinergia social argentina*, pág. 170.

la manida conseja: “En Córdoba se incubó la contrarrevolución. . . La contrarrevolución no hubiera sido posible en otro ambiente que el de Córdoba. . . El régimen nuevo no podía surgir de la enseñanza rutinaria y mnemotécnica que impartía una Universidad monárquica y teológica” (8) Para no ocultar la fuente de sus ideas, repetía letra por letra el período más candente del implacable anatema de Sarmiento.

II

La génesis del *Facundo* está documentada en el volumen XLV de las *Obras* del autor y en varias ediciones del libro.

Sarmiento aclara que el *Facundo* “debió ser trabajo meditado y enriquecido de datos y documentos históricos”; pero que lo escribió precipitadamente, bajo el acaicte de la pasión partidaria, “para hacer conocer en Chile la política de Rosas”.

Eso no quita que lo tenga, — con muy buen juicio, — por su mejor fruto intelectual. En todo tiempo y apenas se ofrece la ocasión, recuérdalo con cariño, a veces con hiperbólica demasia. Le atribuye las más opuestas virtudes. “El *Facundo*, pintando con los colores del pincel literario la barbarie de Rosas, conmovió la opinión del mundo y trajo su caída”. (9) De las páginas sobre la pampa, el restreador, el gaucho malo, afirma que “han quedado como la introducción de Volney a “Las ruinas de Palmira”. (10) Vincula los nombres de San Martín, Thiers, Emerson, Guizot, Ticknor, a la celebridad del *Facundo*. . . Con incansable satisfacción cita aquí y allá la noticia encomiástica de la “*Revue des Deux Mondes*”. . . Siempre enamorado del primogénito inmortal, en sus últimos años escribe a Mrs. Mann, hablándole de *Conflicto y armonías de las razas*: “Tiene la pretensión este libro de ser el *Facundo* llegado a la vejez”. (11).

El 22 de febrero de 1845, Sarmiento se dirige por carta a Antonino Aberastain pidiéndole noticias que pudieran facilitar la tarea que estaba dispuesto a emprender. Aberastain le responde el

(8) A. L. Palacios, *Acción Universitaria*, pág. 33.

(9) Sarmiento, *Obras*, tomo XLVI, pág. 306. Carta a Luis V. Varela.

(10) *Ibidem*.

(11) *Ibidem*, tomo XXXVII, pág. 319.

16 de marzo. Dícele por ahí: "Los papeles de Córdoba, del tiempo de Paz, instruirán mucho, y D. Elías Bedoya, a pesar de su exaltación, dará buenos datos. El señor D. Mariano Fraguero, D. Gabriel Ocampo y otros..." (12)

Poco debió cumplir Sarmiento esos consejos, pues el *Facundo* comenzó a publicarse como folletín de "El Progreso" el 1° de mayo de aquel año. El tiempo, materialmente, no le permitía realizar y aplicar con rigor tanta consulta. Es prudente pensar, con todo, que no descuidó las sugerencias de Aberastain y se puso al habla con Fraguero, Bedoya y Ocampo. Así se advierte en *Recuerdos de Provincia*, de modo particular en el capítulo consagrado al deán Funes. Y hasta me atrevo a creer que Fraguero puso en sus manos el "Viaje de Buenos Aires a Potosí y Arica", del Capitán Andrews, donde se hace una pintura "externa" de Córdoba, a la que se parece notablemente la del *Facundo*. Agregaré, para afirmar la presunción, que Sarmiento menciona al célebre viajero inglés en una de sus páginas de antología: aquella de la descripción de Tucumán, "el edén de América, sin rival en toda la redondez de la tierra".

Por pedido especialísimo del autor, don Valentín Alsina debió anotar su juicio o rectificación magistral, al margen de los principales párrafos del libro. Lo hizo a conciencia, el autorizado y puntilloso unitario. Tanto, que en prenda de reconocimiento por su gentil actitud, Sarmiento le dedicó la edición del *Facundo* de 1851. Expresábase de este modo, al brindarle el homenaje: "Conságrale, mi caro amigo, estas páginas que vuelven a ver la luz pública, menos por lo que ellas valen que por el conato de Vd. de amenguar con sus notas los muchos lunares que afeaban la primera edición. Ensayo y revelación para mí mismo de mis ideas, el *Facundo* adoleció de los defectos de todo fruto de la inspiración del momento, sin el auxilio de documentos a la mano, y ejecutada no bien era concebida, lejos del teatro de los sucesos y con propósitos de acción inmediata y militante.

"He usado con parsimonia de sus *preciosas notas*, guardando las más sustanciales para tiempos mejores y más meditados trabajos, temeroso de que por retocar obra tan informe, desapare

(12) *Ibidem*, tomo XLV.

ciese su fisonomía primitiva, y la voluntariosa audacia de la mal disciplinada concepción”.

Las *Notas* de Alsina permanecieron inéditas hasta 1901. El Dr. Estanislao S. Zeballos las publicó dicho año en su *Revista de Derecho, Historia y Letras*, acompañándolas de observaciones interesantísimas, al tenor de la siguiente:

“El *Facundo* es hasta ahora el libro genial y plenamente argentino de nuestra literatura. El doctor Alsina ha revelado su principal defecto: la exageración. Pero ella misma es una calidad natural del medio y del genio vehemente del autor”. (13).

La difusión de las *Notas* provocó vivaces comentarios en los círculos intelectuales de Buenos Aires. Entonces se inicia, en realidad, el proceso de revisión histórica a propósito de la acción de los caudillos, — proceso en el que todavía no se ha pronunciado la última palabra.

Perdidas pasaron en el conjunto de las acotaciones de Alsina, las que aluden a la saña puesta por Sarmiento en su vituperación de Córdoba. Y son de las más categóricas. Véanse estas dos, relacionadas con el fragmento del *Facundo* que tengo transcrito:

“Nota 8. — “cúpulas y torres de los muchos templos”... Podría creerse que son más de los que son. Yo sólo recuerdo 7: Catedral, San Ignacio, San Roque, dos conventos de frailes y dos de monjas; y aun estos últimos, sólo eran capillas sin torres”. (14)

“Nota 10. — “Córdoba que no ha tomado parte en la revolución”. Con dureza trata Vd. a esa pobre ciudad de Córdoba, e inmerecida; al menos Vd. no cita hechos que justifiquen su severo y harto general aserto. Recordar el crimen posterior de Bustos, en 1820, sería una impertinencia: ese crimen prueba otras cosas, pero no aquello. Que en 1810, Liniers y otras categorías, casi todas *españolas*, obraran como tales, no es extraño; y el que

(13) *Revista de Derecho, Historia y Letras*, tomo X, pág. 165.

(14) Coincide con la anotación de Concolorcorvo, quien dice en el *Lazarillo*: “La ciudad es casi cuadrada y tiene siete iglesias” (Reedición de la Junta de Historia y Numismática, pág. 56).

Por lo demás, será ilustrativo recordar que las cúpulas de Santo Domingo, la Merced, el Pilar y las Catalinas, datan de la segunda mitad del siglo próximo pasado.

entonces se concentrasen en Córdoba no debe imputarse a godismo *del pueblo*, como tampoco el que apareciera el acróstico, que Vd. copia y que pudo ser obra de un solo individuo. ⁽¹⁵⁾ Esas pruebas son indignas de la circunspección de la historia, para justificar una acusación tan positiva y general. Lo que Vd. refiere en sus *Recuerdos*, acerca de los resultados que en aquellos primeros días obtuvo la influencia del ilustre y patriota Deán Funes, está diciendo que, aun entonces, podían más allí los patriotas que los godos. Había familias godas, como las hubo en todas las provincias, sin excluir a Buenos Aires, y era natural. Después de liberada de Liniers y compañía, ¿cuál hecho ha revelado oposición, o disidencia de Córdoba respecto a la revolución? Lo ignoro y desearía saberlo. ¿Qué hizo Córdoba de menos que cualquier otra provincia de aquellas donde no llegaron los ejércitos españoles? ¿Qué hicieron éstas más que Córdoba? Ella recibió con decisión al primer ejército patrio, y presentó cuanto pudo. Desde 1810 dió muchos hombres jóvenes que llegaron a ser excelentes oficiales: dió a Vélez, que murió heroicamente en el Desaguadero, a Leiva, a Bustos, a Julián y José María Paz, a J. G. Echavarría (muerto por la libertad en 1831, como lo dice Vd. más adelante), a mi defendido coronel Rojas, que empezó de soldado, a Deheza y otros que ahora no recuerdo. Córdoba envió sus diputados a la primera Junta, y los envió después a todos los cuerpos nacionales, ¿De qué otro modo quiere Vd. que una provincia tomase parte en la revolución? ¿De qué otro modo la tomaron las demás? Creo que aquel aserto sería inexacto aun respecto a las tres provincias del Paraná: y note Vd. una cosa en que quizás nadie se ha fijado aún. Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, son las que menos soldados dieron a la guerra de la libertad e independencia: ninguna de ellas produjo un hombre sobresaliente en los ejércitos, en las le-

(15) Groussac, ha destruído con pocas pero definitivas palabras la leyenda del acróstico. "De orden de Castelli, los cadáveres fueron llevados en carretillas a la Cruz Alta, y enterrados en una zanja que abrieron al lado de la iglesia algunos húsares de Pueyrredón. Al día siguiente, cerciorado de que los ejecutores habían emprendido la vuelta a Buenos Aires, un fraile de la Merced, teniente cura de la parroquia, exhumó los cadáveres para darles más cristiana sepultura. Dejándolos separados, puso sobre la tumba una sola cruz con las iniciales de los apellidos, según el orden que los cuerpos ocupaban: L. E. C. M. A. "para que pudieran algún día sus familiares recoger las reliquias de tan ilustres víctimas". (*Santiago de Liniers*, pág. 407).

tras ni en los congresos. (16) Y aún así ¿osaría Vd. decir que no tomaron parte en la revolución? ¡Y lo dice de Córdoba! Crea Vd. que este aserto me habría asombrado, si no viera en él el efecto de los sistemas. Era necesario en su plan deprimir a la doctoral y clerical Córdoba". (17)

III

Sobre la contrarrevolución encabezada en Córdoba por Gutiérrez de la Concha y Liniers, existe abundante bibliografía. Es uno de los episodios de nuestra historia a cuyo respecto poco queda por decir. Groussac y Levene lo han reconstruido en todas sus líneas, fijando con relieve su carácter y alcance. David Peña, en evocación plástica, lo llevó al teatro. *La Gazeta de Buenos Aires* y las publicaciones del Archivo General de la Nación, permiten seguir documentalmente su proceso.

No fué un movimiento circunscripto a Córdoba. La resistencia a la Junta de Buenos Aires se levantó al mismo tiempo en todos los centros donde actuaban funcionarios reales de jerarquía: Córdoba, Salta, Potosí, Charcas, Montevideo, Paraguay. (18)

La acción opositora radicada en Córdoba debía ser por la concurrencia de múltiples circunstancias y factores, extraños en absoluto al espíritu de la población, la más inquietante para los hombres de la Junta: la importancia de la ciudad, capital de una de las más vastas intendencias; su posición geográfica de "enruciada de las provincias interiores", término obligado de la primera etapa de la expedición libertadora; la presencia de Liniers, enemigo singularmente temible por su capacidad militar y prestigio personal. Circunstancias y factores que explican si bien no justifican la hecatombe del Monte de los Papagayos.

[La Revolución — ¡cuántas veces se ha dicho! — nació como Minerva, armada de todas las armas. Pero para triunfar debió teñir en sangre sus armas, obligada a imponer el "exemplar castigo" y el escarmiento en cabeza ajena, dispuesta a domeñar todas

(16) Podría argumentarse contra la afirmación de Alsina, que San Martín nació en Yapeyú, y Alvear en Santo Angel de la Guardia. Mas ambos abandonaron tempranamente el suelo natal. Caso idéntico al de Ascasubi y Rivera Indarte — cordobeses por casualidad — criados y educados fuera de nuestro ambiente.

(17) *Revista de Derecho, Historia y Letras*, tomo X, pág. 180 y siguientes.

(18) Levene, *La Revolución de Mayo y Mariano Moreno*, tomo 2º, pág. 107 y sigtes.

las cabezas de la hidra, tantas como ciudades — ciudades de verdad — tenía el virreinato.

En cada una de éstas se irguió la protesta animada por españoles de la mejor ley, que nada sabían de “innovaciones”. (Pongo entre comillas el sustantivo que descuella en los documentos esenciales de 1810: las actas capitulares).

Frías trae en su *Historia de Güemes y de Salta*, — para citar un ejemplo — la nómina de vecinos principales definidos unos por la causa patriota y otros por la realista, al llegar a la ciudad del San Bernardo la noticia de la Revolución. (19)

Conspiraciones contra el nuevo orden establecido el 25 de Mayo, se produjeron por doquier, aún en Buenos Aires, — claustro materno de la emancipación. El destierro de Cisneros, el manotón a la Real Audiencia Pretorial, el confinamiento de Leíva, — ¡nada menos que el “caballero Síndico Procurador General”, el niño mimado del Cabildo Abierto, el mellizo de Mariano Moreno en la abortada Junta del 1° de enero de 1809! — dicen a las claras que el gobierno distaba mucho de hallarse en su propia sede como en un lecho de rosas. Dos años más tarde, — cuando en las provincias hasta los “godos” recalcitrantes aceptaban la Revolución como un hecho consumado, — la urdimbre trágica de fray José de las Animas y el patíbulo de Alzaga, demostrarían la subsistencia en Buenos Aires de un aliento, una esperanza y un gesto contrarrevolucionarios.

Volvamos a 1810. “En Córdoba, sobre todo, — está escrito por Groussac, — era donde el derrumbe de la frágil empresa reaccionaria se pronunciaba día por día. (20) Al principio insidiosa e hi-

(19) Obra citada, tomo 1°, págs. 403 y 404.

(20) D. Vicente Fidel López destaca el patriotismo de Córdoba. Tenía información de primera mano: su padre vino en la Expedición Auxiliadora.

“Por fortuna la marcha sobre Córdoba no era tan arriesgada como parecía. La ciudad y el país tomado en general, respondía con verdadera adhesión al sentimiento de la independencia nacional con que había surgido bien caracterizada la Revolución de Mayo; y los aprestos de Liniers y de Concha que tanto se temían, encontraban por toda la provincia, lo mismo que en Tucumán y en Salta, una oposición decidida en todos aquellos cuya cooperación se exigía”. (López, *Historia de la R. Argentina*, tomo III, pág. 170).

“Al saberse en Córdoba que la expedición de Buenos Aires se aproximaba a las orillas del *Río Tercero*, se produjo una grande agitación. Todos los medios con que los jefes realistas habían contado, comenzaron a vacilar los unos y a desparramarse los otros, dejándoles sólo la convicción de que la opinión general de las provincias estaba pronunciada contra ellos. (Ibíd., pág. 173).

póerita, la oposición del grupo de los Funes tornábase más briosa y audaz, al paso que venía minando las autoridades y desprendiendo de la causa realista a los individuos más influyentes del clero, del foro y del comercio — que no eran por cierto los de alma mejor templada.

“Bajo este trabajo persistente y sordo de desorganización, dirigido desde Buenos Aires por el influjo de Moreno, se disgregaban a ojos vistas los batallones movilizados: aparecían cada mañana los claros dejados en las filas por los desertores de la noche, que habían ganado el monte o la sierra, favorecida su fuga por manos ocultas. A medida que se aproximaba el enemigo, la resistencia de Córdoba se derretía como masa de nieve bajo los rayos del sol que sube”. (21)

La actitud del pueblo de Córdoba, al negar todo concurso a los complotados, salvó a la Revolución. Aquí la defensiva general perdió los estribos. ¿Qué suerte hubiera corrido la Primera Junta, si Córdoba responde a las incitaciones de Concha y Orellana, — primado aquél en lo civil y éste en lo eclesiástico, — y detiene, aun cuando sólo fuese por días, el avance de la Expedición? ¿Cómo se habrían agrandado las perspectivas del realismo, firme en Montevideo con Elío, en el Paraguay con Velazco, en el Alto Perú con Goyeneche, Nieto y Paula Sanz! Ahogaríase en Buenos Aires, estrangulado, el grito de libertad.

Cierto es que el Cabildo reconoció al Consejo de Regencia y resolvió acatar la autoridad del virrey de Lima; y luego, — ya en marcha la evolución, — se mostró vacilante, hacia fines de julio. Pero no olvidemos que todo aquello fué mientras Concha presidió sus deliberaciones. ¿Qué fuerza tenía el Cabildo para imponerse a la fuerza?

El gobernador y su cónclave de funcionarios abandonan la capital, y la situación cambia. Aquí están las actas:

“En la ciudad de Córdoba, a tres días del mes de agosto de mil ochocientos diez años, los señores del Muy Ilustre Cabildo, Justicia y Regimiento de esta capital, se juntaron en esta Sala Consistorial, como lo han de uso y costumbre, a tratar y conferir lo pro y útil a la república, etc. Se mandó abrir un pliego dirigi-

(21) Groussac, ob. cit. pág. 389.

do por los Sres. Comandantes de la Expedición a las Provincias interiores y se encontró un oficio del día de ayer, en que solicitan se desocupe el Real Colegio de Monserrat para que se acuartelen mil doscientos hombres de que se compone el ejército y que se disponga casa para el alojamiento de oficiales. Y enterados los S. S. dijeron que se difiera hasta la tarde para consultarlo con el Sr. Comandante de Armas. Y firmaron”, etc. (22)

“En el propio día reunidos los S. S., etc., de común acuerdo dijeron: se pasasen los oficios correspondientes al Sr. Deán y Rector del Real Colegio de Monserrat, a fin de que se sirva franquear el patio principal del Colegio y Universidad; a los señores curas por la Casa de Ejercicios; y al Sr. Comandante de Armas por las casas del Cuartel; y que así mismo se pedirán las casas correspondientes para el alojamiento de oficiales”, etc. (23).

El 6 de agosto se reúne nuevamente el Cabildo, para ultimar los preparativos de la recepción. Léese un oficio del Comandante de Armas, según el cual “está pronto el cuartel que está a espaldas del Real Colegio de Monserrat” y otro de los Curas Rectores de la Casa de Ejercicios, quienes manifiestan que “es preciso ocurrir al Gobernador del Obispado, para que se sirva prestar su consentimiento; y enterados los S. S. dijeron que se pase oficio al Sr. Gobernador del Obispado con el propio objeto que aquél”. (24)

La Gazeta del 11 de agosto reproduce el parte de Vieytes, fechado “en camino” a las ocho de la mañana del día 5: “La expedición pasa hoy del Segundo y mañana estará sobre Córdoba”; parte que lleva por posdata esta quejumbre: “Vamos casi a pie, sin caballos”. (25) ¡Casi a pie, sin caballos! Eso sería hasta entrar en Córdoba. Bien lo sabía Vieytes por noticias sueltas del mayor general Balcarce, que se adelantara al grueso del ejército para dar caza a los jefes realistas fugitivos. Balcarce, desde el primer momento, sintió los halagos del afecto espontáneo y el apoyo incondicional. El oficio en que comunica la captura, termina con estas palabras:

“Los patriotas de esta ciudad y de la carrera que he traído,

(22) Archivo Municipal de Córdoba, libro 45, fol. 173.

(23) *Ibidem*, 174.

(24) *Ibidem*, 175.

(25) *La Gazeta de Buenos Aires*, número citado. (Reimpresión de la Junta de Historia y Numismática).

han hecho los más eficaces esfuerzos para proporcionarme cabaladas, informes, y cuantos auxilios me han sido necesarios; entre los cuales me merecen la más justa gratitud D. Gaspar Corro, D. Santiago Rivadavia, D. Santiago Carrera. D. Pedro Juan González, D. Faustino Allende, D. José Isaza y D. José Moyano, respecto a que el enérgico declarado patriotismo que les asiste, y el tesón y anhelo con que han propendido desde algunos días antes de mi llegada a impedirles los recursos a los fugitivos, y dar disposiciones para que no les frustasen a sus partidas que pudieran destacarse de la expedición a seguirlos, se debe principalmente el que haya sido posible darles alcance; todo lo que me parece oportuno se ponga en conocimiento de la Exema. Junta, para los efectos que puedan ser oportunos". (26)

Al atardecer del 8 de agosto la Patria tomó posesión de Córdoba. La vieja ciudad, "ufana de sus nobles pergaminos", meticulosa y grave, réplegada toda ella en sus aulas universitarias, — "porque así se lo murmuró el hado de los días lejanos de su origen", — abrióse como un cáliz para consagrar su ofrenda a la argentinidad. Lo más notable del vecindario, encabezado por los hermanos Funes, había salido a dar la bienvenida a la Expedición en el Alto; el resto, sin distinción de clases, — preanuncio simbólico de la igualdad inminente, — aguardaba el paso de la columna para trocarlo con sus vítores en desfile triunfal. Esclavos y "chinitos", se arremolinaban en las calles, — como al soplo de misteriosa intuición de libertad, — descocados porque sí, en ruidosa algarabía. Hasta el aire estaba de fiesta, convertido en música por el estridor de los clarines novicios y el repique de las campanas seculares echadas a vuelo.

Pueblo y ejército confraternizaron de inmediato. El general en Jefe diría a la "Exema. Junta":

"A pesar de que se abusó de los púlpitos para hacer un cuadro tan negro cuanto injusto de las ideas de la Expedición Auxiliadora, y de los delitos con que iba a ser contaminado este pueblo, en el mismo día de la entrada quedó cerciorado de lo contrario, y cuanto mayor era el odio con que se había pretendido prevenirlo, tanto mayor es hoy el amor que profesa a todos los

(26) *Ibidem*, número extraordinario del 21 de agosto.

individuos del ejército; siendo prueba nada equívoca de esta verdad, no sólo los obsequios que continuamente se les hacen, sino también la confianza con que de todos sexos y clases se presentan aun a deshoras por todas las calles”. (27).

Los billetes inflamados de López y Planes y los informes concisos de Vieytes, llegaron a Buenos Aires antes que el parte oficial de Ocampo. De ahí que ya en **La Gazeta** del 16 de agosto, se lean estos párrafos escritos por la pluma sentenciosa de Moreno:

“Liniers deseaba que el pueblo de Córdoba se hubiese dejado arastrar de sus seducciones, y que en obsequio de su persona hubiese apretado sus cadenas con tanta fuerza, cuanta hubiera empleado en resistir a las tropas que marchaban para romperlas. La seducción de un pueblo, en que el menor ciudadano tiene más luces y más filosofía que todos los mandones que lo gobernaron en mucho tiempo, era muy difícil de obrar; y los esfuerzos que se dedicaron a ese intento de nada más sirvieron, que hacer patente la debilidad de los que pretendían hacer triunfar el interés particular de sus individuos. Las tropas de Buenos Aires han sido recibidas en Córdoba con demostraciones de la más amistosa cordialidad; todas las clases se han disputado las ocasiones de complacer y servir a sus nuevos huéspedes: los principales vecinos han alojado en sus casas a nuestros oficiales, los soldados son mirados como hermanos, y el pueblo no presenta por todas partes sino el júbilo de unos hombres que respiran libres de la opresión y la violencia a que estaban reducidos”. (28).

El 9 de aquel agosto histórico día por día, el Ayuntamiento reconoce a la Junta en Comisión — formada por Ocampo, Balcarce y Vieytes — y resuelve “pasar a felicitar en cuerpo al Sr. Comandante General de la Expedición y manda que se ponga luminarias y la música correspondiente en su obsequio y obediencia”. (29).

La Junta en Comisión se incautó de las actas del Cabildo a partir del 6 de junio, y juzgando por sus constancias, declaró cesantes a los capitulares que habíanse mostrado partidarios de ne-

(27) *Ibidem*.

(28) *Ibidem*, número citado.

(29) Archivo Municipal de Córdoba, libro 45, fol. 176.

gar obediencia al nuevo gobierno. La violenta medida no causó alboroto ni zozobra. (30).

El 14, los regidores sobrevivientes — probados patriotas, desde luego — expresan a don Juan Martín de Pueyrredón, flamante gobernador de Córdoba por mandato de la Junta de Buenos Aires, que “el Cabildo queda reunido en la Sala Capitular y podrá Vd. cuando guste pasar a manifestarle las credenciales de su admisión”. (31).

Compareció Pueyrredón y al siguiente día prestó juramento con el boato de ritual. Tenía lista la proclama ineludible, — que Levene califica de “hermoso documento” — y de la que extraigo este período decidor:

“Os confieso, cordobeses, que al llegar en medio de vosotros, me habéis presentado el cuadro más tierno en vuestra conducta con nuestro Ejército Auxiliador: toda clase de socorros, obsequios extremosos y el contento retratado en todos los semblantes, dan el más verdadero testimonio de vuestra cordial gratitud: esta noble virtud que ya os distingue para siempre, me ha hecho concebir la más alta idea de vuestro carácter; y me he propuesto en lo íntimo de mi alma no perdonar arbitrio ni fatiga para haceros felices, en cuanto es dado a la humana condición”. (32)

El 17 debía reunirse y se reunió un cabildo abierto, con el propósito de elegir diputado. Recayó el nombramiento en el deán Funes y *La Gazeta*, — mejor dicho Moreno — hizo el elogio de semejante designación. Los señores del Ayuntamiento mandan “que para la satisfacción patriótica y celebridad de la acta de este día, se ilumine el pueblo por tres noches, con acuerdo del Sr.

(30) “Córdoba fué desde el principio sinceramente revolucionaria. Sofocó sus sentimientos porque la atmósfera colonial pesaba sobre su espíritu de un modo ilevantable. La idea revolucionaria ardía no obstante en todos los espíritus, con la viveza y el vigor del entusiasmo y la pasión, momentáneamente comprimida por la falta de agentes estimulantes. Córdoba estaba preparada para la evolución, y únicamente precisaba una palabra impulsora para arrojarse en ella, y destruir los muros deleznable que febrilmente levantaban las altas personalidades del realismo. La Universidad mayor de San Carlos, donde en demanda de ciencia acudía la juventud americana, no fué menos fecunda para el progreso del pensamiento revolucionario. La larga y apasionada lucha de su secularización, las ruidosas sesiones de sus claustros, las disputas acaloradas, dieron lugar al nacimiento de los partidos y produjeron cierto espíritu independiente. (R. J. Cárcano, *Perfiles Contemporáneos*, pág. 129 y siguientes).

(31) Archivo de Gobierno, libro 32, legajo 2, año 1810.

(32) *Gazeta*, del 23 de agosto.

Gobernador Intendente; y las Casas Capitulares con luminarias y música". (33)

Tanta bienandanza tenía que rematar, necesariamente, en una festividad pública grande, vistosa, memorable. Nunca más justificada la acción de gracias. El 19 se cantó un solemne Tedéum en la Catedral, con asistencia del Gobierno en pleno. El magnífico templo lucía sus mejores galas, entre ellas las colgaduras de terciopelo carmesí y flecos de oro, preciado regalo del obispo Moscoso. Los rayos de sol que penetraban por los ventanales de la soberbia media-naranja, bruñían el tabernáculo de plata del Altar Mayor, recuerdo también de aquel prelado, ilustrísimo de veras.

Al terminar los oficios, despedido por los canónigos, — los mismos que le recibieron a su arribo, — Pueyrredón, llevando a su diestra el Provisor y a su izquierda a Ocampo, seguido del Ayuntamiento y de toda la oficialidad, pasó al salón principal del Cabildo, lugar en el que recibió cumplimientos y obsequió a su vez con un refrigerio.

A todo esto, muy de cerca era vigilado cuanto concernía al porvenir de la empresa libertadora.

Por secciones dábase instrucción a los soldados en el patio de armas de la Comandancia, en la ranchería del Noviciado Viejo y en la cuadra habilitada frente al Calicanto. (34)

Los donativos voluntarios para el Ejército se recibieron desde el día mismo de la llegada. *La Gazeta* del 13 de setiembre registra la razón de contaduría, "con expresión de los individuos y cantidades con que han concurrido".

Al lado del deán Funes, subscripto con 150 pesos fuertes, de

(33) Archivo Municipal, libro 45, fol. 181.

(34) La Comandancia de Armas hallábase situada donde ahora se levanta la escuela Gobernador Olmos; el Noviciado Viejo, en la manzana hoy comprendida por las calles Rivera Indarte, Colón, General Paz y Santa Rosa. El Calicanto es uno de los monumentos típicos de Córdoba. Su existencia data del gobierno de don Angel de Peredo. El 31 de enero de 1671, por efectos de una creciente de la Cañada, inundóse la ciudad. El vecindario, presa del pánico, puso toda su esperanza de salvación en el auxilio de los cielos. Recordó que el día corresponde a la advocación de San Pedro Nolaseo; y para lograr los favores del patriarca mercedario, lo consagró patrono de la urbe, exonerando sin proceso a San Jerónimo. Pasó el peligro; y Peredo, a fin de evitar los avances calamitosos de la Cañada, mandó construir el Calicanto. Los gobernantes posteriores no han superado aquella obra, para contener los desbordes del riacho traidor y antipático que pone a la topografía urbana un cinturón de fango.

D. José Javier Díaz, con 6 onzas de oro, de D. Dalmacio de Allende, con otras tantas, de D. Julián Freytes, con 500 pesos, aparecen el “Verdadero Patriota” que oculta su nombre y se anota con cuatro pesos, y doña Rosa Alday y don Domingo Castro, que dar los suyos con todas sus letras, por lo mismo que cada uno contribuye con un real.

Las mujeres responden al patriótico llamado a la par de los hombres. Da. Juana del Signo — cuyo apellido se repite varias veces en la lista — entrega 16 pesos fuertes, y doña Ventura de de la Corte, 100 pesos. Como ellas, muchas más. Doña Tiburecia de Haedo en unión de su esposo don José de Paz, regala dos onzas de oro. Y aparte, en oficio al jefe de la Expedición, todo lo que poseía: sus hijos y sus joyas, doble y máximo desprendimiento de mujer... (35)

Vale la pena reproducir algunos asientos:

“D. Nicolás Pinto obió 10 pesos y ofrece 50 caballos para que los ocupen 50 leguas.

“D. Andrés de Paz obió 16 pesos fuertes sin perjuicio de otras donaciones que piensa hacer en lo sucesivo, ofreciendo su persona y bienes a disposición de la Junta Gubernativa de Buenos Aires.

“D. José Manuel Escobar 17 camisas de crea, acompañando expresiones de sentimiento por no poder demostrarse mejor.

“Juan José Gómez obió un peso y un par de zapatos para que sirva a algún soldado; también se compromete a dar cuatro reales mensuales, por espacio de cuatro meses desde primero de setiembre.

“D. Francisco González, 15 pesos, y ofrece 10 pesos más para entregarlos en el próximo mes.

“El Dr. D. Salvador Isasa obió 50 pesos corrientes y ofrece para tiempo oportuno 50 cabezas de ganado y 25 caballos.

“D. José Veles por él y sus dos hijas, obió 25 pesos, y ofrece su persona a disposición de la Junta.

“D. Manuel Figueroa, obió 200 pesos en galleta para la expedición y 10 pesos mensuales hasta que la expedición entre en Potosí; y 200 caballos desde Sinsacate hasta el Totoral.

(35) Original en poder del Dr. Ramón J. Cárcano, según éste hace constar en *Perfiles Contemporáneos*, pág. 144.

“D. Benito Rueda ofrece el sueldo de 200 ps. que le pertenece por interventor de Correos, para las urgencias presentes.

“El Sr. Alcalde Provincial Don Antonio Arredondo ha dado en ganado 568 pesos para auxilio de la expedición de Buenos Aires.

“El Maestro en Artes D. Juan Bautista Ascoeta, obió 25 ps. fs., y de su renta de 200 pesos ofrece 25 ps. anuales durante las circunstancias presentes, y que no ofrece más por correr a su cargo el sustento de su familia”.

Todo lo transcripto consta en el mentado número de *La Gaceta*, como también todo lo omitido. Es contribución espontánea, generosa, ofrecida sin cálculo ni deseo de resarcimiento.

El empréstito combinado entre el comercio, por la suma de doce mil pesos, se cubrió en muy corto plazo. ⁽³⁶⁾

La Universidad no podía mostrarse remisa y mucho menos ausente. Cedió el nueve por ciento de sus rentas para las atenciones de la guerra. ⁽³⁷⁾.

¿Qué era, entretanto, de los jefes contrarrevolucionarios capturados? La Junta en Comisión, perpleja ante la orden de “arrebucearlos en el momento que todos o cada uno de ellos sean pillados” y la súplica del vecindario que intercedía por sus vidas, resolvió enviarlos a Buenos Aires. El destacamento encargado de la conducción desvió su camino hacia el Este, para evitar el paso por la ciudad. La tragedia salióles al encuentro. El 26 de agosto fueron ejecutados en el Monte de los Papagayos, con excepción del obispo Orellana, que andaría casi dos años de Herodes a Pilatos antes de volver al ejercicio activo de su misión pastoral. ⁽³⁸⁾

Profunda angustia causó en Córdoba la noticia del fusilamiento. Las víctimas estaban vinculadas a las principales familias. Aquí habían dejado sus esposas y sus hijos, muchos de éstos en la primera infancia y destinados a crecer, por piadoso acuerdo, ignorantes de su inmensa desventura. ⁽³⁹⁾ Pero el sentimiento patriótico se sobrepuso y contuvo las muestras de dolor. Pocos días

(36) Ignacio Garzón, *Crónica de Córdoba*, tomo I, pág. 134; *Gazeta*, número del 27 de setiembre.

(37) Juan M. Garro, *Bosquejo Histórico de la Universidad de Córdoba*, pág. 272.

(38) La restitución de Orellana a la sede episcopal — enero de 1812 — está firmada por Rivadavia, como secretario del Triunvirato.

(39) P. Cabrera, *Ulterioridades del drama de Cruz Alta*, passim.

después el propio gobernador Pueyrredón reclamaría a la Junta una pensión para los hijos de Joaquín Moreno; y el Deán gestionaría beca para uno de los huérfanos de Liniers... (40)

En viaje al Norte y sin esperar las "instrucciones" por las cuales se le confiaba el gobierno de la Expedición, Castelli paró brevemente en Córdoba. Revivió en el recuerdo sus días ya lejanos de colegial del Monserrat. (41) Llegaba cuando el clásico instituto debía celebrar la función anual de la Patrona, sin apartarse un punto de las solemnidades impuestas por el fundador. Después de cumplir las visitas de etiqueta, corrióse hasta el convento de San Francisco, en horas de siesta, para saludar a este fraile y aquel otro que antaño fueran sus maestros. Más tarde...

(40) "Tocante es la página de Pueyrredón en la que habla al gobierno de Buenos Aires de los cuatro hijos "inocentes desgraciados" del reo Moreno. A su favor imploraba la beneficencia de la Junta. Transcribimos los siguientes párrafos que dicen por sí solos del espíritu de justicia y humanidad que le conmovía: "Extranjeros en este país, sin un pariente, sin un amigo y destituidos de todo auxilio, sólo les ha quedado una antigua criada europea que mendiga la caridad pública para alimentarlos. Hoy me han sido presentados por ella, para rogarme que me doliese de su triste orfandad y no los dejase perecer de miseria y necesidad. Las lágrimas de la criada y los doloridos lamentos de estas inocentes criaturas, han movido mi sensibilidad a un grado imponderable; y no me avergüenzo de decir a V. E., que yo también he tenido que enjugar las lágrimas". (Levene, ob. cit., tomo II, pág. 145).

En cuanto a la gestión del Deán, existe en el Archivo de Gobierno, — libro 32, año 1810, leg. 34, — la nota dirigida a Pueyrredón el 18 de setiembre y en la que se lee: "La orfandad en que ha quedado esta triste familia, (la de Liniers) es un motivo que de suyo interesa la comparación, principalmente sabiendo que los crímenes de los padres no deben pasar a los hijos inocentes".

(41) Los biógrafos de Castelli, omiten consignar que el fogoso tribuno fué pupilo del Monserrat, desde los 16 hasta los 22 años. En 1784, la Universidad le confirió el grado de Bachiller en Filosofía y Artes. En 1785 aprobó tercer año de Teología, y en 1786 matriculóse en cuarto. El "Libro que contiene las condiciones y patria de los colegiales, 1772-1810", proporciona a su respecto las siguientes informaciones, reproducidas por Fr. Zenón Bustos en sus *Anales de la Universidad Nacional de Córdoba*, tomo I, pág. 588: "Juan José Castelli, porteño. Incorporó su nombre a los alumnos de Monserrat el 2 de octubre de 1780. En 1785, en 12 de octubre, salió de orden de sus padres y con licencia del Rector, por tres meses para Buenos Aires, con el fin de visitar a aquellos durante las vacaciones; pero es regular que no vuelva, si consigue pasar a España a estudiar en una de sus Universidades. Ojalá que se le proporcione, dice el Rector, porque sin duda es uno de los jóvenes más hábiles y aprovechados que ha tenido la casa desde su fundación. Es un latino excelente, buen filósofo y un teólogo más que regular, y de un gusto e ingenio delicados, capaz de cualquier cosa. Dios le guarde el corazón, dice el Rector, que es dulcísimo, y acaso fácil de pervertirse si tiene malos compañeros. En el Colegio se portó cumplidamente. Vencidos los tres meses que llevó de licencia para Buenos Aires, y no habiendo podido realizar sus deseos de ir a España a perfeccionar sus estudios, volvió a este Colegio, donde permaneció seis meses, y salió para Chuquisaca a estudiar leyes el día 12 de julio de 1786".

; hubiera sido de presenciar el encuentro con su fraternal amigo Mariano Irigoyen, — votante por la cesación del Virrey en el Cabildo Abierto y hermano político de Gutiérrez de la Concha, — a quien la Junta mandó como supremo emisario para convencer con amores, — por si fallaban las razones — al empecinado gobernador! Seguramente la emoción los precipitó en un abrazo que ahogaba todas las palabras.

La Expedición prosiguió su marcha. A ella se incorporaron los jóvenes de Córdoba, ricos y pobres, estudiantes y artesanos, resueltos a la proeza y al sacrificio sin arrebatos ni alardes. Cordobeses fueron aquellos soldados caídos en lucha brazo a brazo en Suipacha y en el Desaguadero, y cuyos “huesos quedaron sepultados en lejanas tierras” (42); sería cordobés, — y apellidado Vélez, — uno de los primeros oficiales muertos en el campo de batalla (43); cordobeses eran dos de los tres “Sargentos de Tambo Nuevo”...

Y aquí quedaba Córdoba, — la ciudad y la campaña, su gente y sus bienes, su espíritu y su carne, — convertida en cantera inagotable. El Archivo de Gobierno guarda más de un centenar de comunicaciones de Belgrano, general en jefe del Ejército del Norte. (44) Por esos documentos puede apreciarse lo que rendía la cantera. Onzas de oro que van y no vuelven; peticiones que vie-

(42) Cayeron en Suipacha: José Ramallo, Eusebio Arrascaeta, Jacinto Cortés, Severo Cabrera, Justo Argüello, Antonio Moyano, Mateo Villanueva; y en el Desaguadero: Bernardo Vélez (capitán de dragones), Cayetano Vilches, Basilio Argüello, Pedro Bracamonte, Jorge Amarante, Esteban Bengolea. (Ver *Compilación de Leyes de la Provincia de Córdoba*, tomo I, pág. 11).

(43) Consigna *La Gaceta Ministerial* del 10 de noviembre de 1813:

“Córdoba. — El Gobernador Intendente de esta Provincia da cuenta de haberse fijado en dos medallones de las portadas que adornan el Paseo Público de aquella ciudad, en honor y obsequio de la memoria del capitán Bernardo Vélez, que falleció gloriosamente en el campo del honor, las inscripciones siguientes: “Vélez murió y vive por la Patria” y en el reverso: “Cordobeses, imitad a los héroes”. En el otro del frente: “Viva el patriota Vélez” y al reverso: “Así premia Córdoba a sus hijos”.

El “Paseo Público” mencionado no es otro que el Paseo Sobremonte. Las inscripciones desaparecieron “a causa de las reformas y reparaciones en aquel local” según se expresa en el decreto dictado el 26 de marzo de 1861 por el gobernador Félix de la Peña, el que manda restablecerlas. Con todo, hoy no existen.

(44) Coleccionadas por el P. Grenón, bajo el título de *Cartas Inéditas de Belgrano* en el tomo 7° de “Documentos Históricos”, publicación del Archivo de Gobierno.

nen y remesas que vuelan de caballos, mulas, ponchos, zapatos, mochilas, paños, monturas, pólvora, piedras de chispa...

Soldados de Córdoba atravesaron los Andes, para auxiliar a los libertadores de Chile, antes de que fuese conocido el plan continental de San Martín. "El coronel Carrera — ha escrito Vélez Sársfield — puso en armas a Córdoba; no quedó un hombre que no estuviera dispuesto a morir por la causa de la revolución. Fueron tales los preparativos de defensa en la ciudad de Córdoba, que ciertamente si el ejército español llega hasta esa provincia, no hubiera pasado de allí. Se da la batalla de Tucumán y se hacen ya inútiles los preparativos de Córdoba, y entonces el coronel Carrera toma mil hombres de los más escogidos, marcha a Cuyo, pasa la Cordillera a ayudar al general O'Higgins en Chile. Lo acompaña lo más escogido de la juventud de Córdoba... Desgraciados en Chile, el coronel Carrera se replegó a Mendoza, y su división fué el elemento principal del ejército de los Andes". (45)

IV

No se reduce a lo dicho la acción de Córdoba en la Revolución. Ella se prueba mayormente ponderada y grande en el esfuerzo constructivo de los gobiernos patrios. Los doctores de su vilipendiada Universidad son los hombres de pensamiento orientador y gravitación decisiva en las asambleas. (46)

(45) D. Vélez Sársfield, *Rectificaciones históricas*. (Biblioteca de Estudios Históricos, vol. IV).

(46) José María Ramos Mejía, en su estudio sobre el Dr. Francia (*Las neurosis de los hombres célebres*, 2a parte), pintó con tintes sombríos el ambiente de Córdoba y presentó como ejemplo de deformación mental y moral a los egresados de sus aulas. Es una página truculenta, en la que suelen inspirar sus diatribas ciertos renovadores sin cultura histórica. 25 años después, ese mismo José María Ramos Mejía, porteño de estirpe, en su obra capital y definitiva — "Rosas y su tiempo" — rectificó aquel juicio juvenil en estos términos:

"En la Universidad de Córdoba, tan justamente afamada, es donde esta fuerza inicial adquiere las primeras formas intelectuales de perfeccionamiento, y donde acaba de completar su ciclo evolutivo ese *patriotismo-nación*; y se comprende porque era ese centro, esencialmente argentino, fundado por el primer obispo criollo, y por consiguiente con el alma llena de los jugos del país entero. Por su situación geográfica y comercial y por sus instituciones de educación, es, como dije, antes, la encrucijada sensitiva y emocional de toda la república, menos de Buenos Aires, "país extranjero por su desvinculación y natural egoísmo mercantil". El singular prestigio de su enseñanza que atrae a la juventud de todo el país, especialmente de una clase social determinada, permítele dar al pensamiento argentino de ese tiempo cierta unidad vigorosa a favor



“Cabén bien las deformidades de la caricatura — dice Martínez Paz — en los retratos de esos teólogos huecos y presuntuosos que, en nombre de sus preocupaciones, aprendieron a menospreciar a los hombres y a ignorar a la naturaleza; pero no debe olvidarse que fueron ellos, los que, defendiendo tal vez el origen divino de la Iglesia, enseñaron el origen humano del gobierno. En Córdoba, veinte años antes de la Revolución, se discutían con afán los principios democráticos enseñados por el Ilmo. Pedro de Marca, arzobispo de París”. (47)

de la que puede atravesar la historia sin desviarse un ápice de su orientación. El espíritu de sus discípulos, que años andando serán los directores de la conciencia argentina y los pensadores de la nacionalidad, adquiere allí una suma de calidades comunes haciendo de ellos un tipo de alma curiosamente parecido e invariable; invariabilidad y parecido que se mantienen a través de las más grandes vicisitudes de la vida. Confundido entre mil, se le puede tomar entonces y decir: este mecanismo mental que siente y piensa así, no puede haber salido de otra parte sino del claustro cordobés. El calor de esas aulas, depositarias de una tradición mística de unión y solidaridad, quita al sentimiento su dejo de localismo para infundirle el hálito de la idea directriz, para intelectualizar el instinto; luego despréndense de sus claustros multitud de apóstoles que, como mariposas de luz, van a otros puntos de la república llevando sobre sus alas el polvo de oro de esa fecundación. Es así como el pensamiento de la nacionalidad, sin cambiar de intensidad, hace su completa evolución; el lento cambio se opera bajo sus bóvedas, del ganglio a la augusta región ideal. Desde Quiroga, imagen del instinto oscuro y ciego impulso, hasta esos hombres que son todo pensamiento, idealización final de la fuerza protectora y defensiva de la *Unión*, se pueden seguir los distintos períodos transformativos por que atraviesa. El primero, bloc de granito en el que se diseñan, aun inciertos y grotescos, los brazos y los pechos de un ciclope torpemente esculpidos por el cincel novicio; estos, en toda la vehemencia popular pero conservada dentro de una ánfora de factura helénica. La insistencia con que persiste en la vida política elemental ese pensamiento conjuntivo, acaba por crear una estructura, como la función su órgano: el *Unitario*. El fraile, el militar, el letrado o el obrero, todos, dentro de su misión social, grande o chica, van a usar del mismo procedimiento mental y a seguir esa orientación invariable que revela sus afinidades comunes de origen.

“El itinerario de la civilización y la nacionalidad argentina, ha sido en mi concepto, erróneamente descripto. Su luminosa peregrinación no fué de Buenos Aires a las Provincias, como le agrada a uno creer, sino de las Provincias a Buenos Aires. Cuando ésta aun no tenía ni librerías donde comprar papel de cartas, míseros pueblecitos, como Nonogasta, poseían bibliotecas en cuyos libros aún se veía, no ha mucho, la mano del misterioso lector que había dejado en notas casi borradas, el rastro palpitante de una cultura cuyas proporciones, en toda su patriótica trascendencia, nuestro orgullo metropolitano desconoce. Córdoba y Catamarca, la hoy mísera y sedienta Catamarca, han hecho en su oportunidad, tanto o más por la cultura argentina que este hermosísimo paquidermo que hoy la difunde en otra forma y con menos sacrificio, por todo el haz de América”. (Ramos Mejía, *Rosas y su tiempo*, tomo I, pág. 173 y siguientes, 2ª. edición).

- (47) E. Martínez Paz, *Córdoba en la formación institucional argentina*. (En “Revista de la Universidad Nacional de Córdoba”, año IV, vol. I).

Y van algunas demostraciones. Dieciocho universitarios de Córdoba asistieron, según mis cuentas, al Cabildo Abierto del 22 de mayo. Estos: Domingo Belgrano, Florencio Ramírez, Dámaso Fonseca, Ramón Vieytes, Pantaleón Rivarola, Manuel Alberti, Nicolás Calvo, Bernardo de la Colina, Domingo Viola, Pascual Silva, Agustín Pío de Elía, Juan José Castelli, Juan Francisco Seguí, José de Seide, Mariano Irigoyen, Juan José Paso, Bonifacio Zapiola y Joaquín Campana.

De ellos votaron diecisiete, por haberse retirado Viola "antes de llegarle la vez". Trece lo hicieron por la cesantía del Virrey y constitución de un gobierno propio (Belgrano, Ramírez, Fonseca, Vieytes, Alberti, Silva, Elía, Castelli, Seguí, Seide, Irigoyen, Paso y Campana); Rivarola se abstuvo de dar su parecer por "no estar instruído de los datos suficientes para votar en materia tan ardua"; Calvo manifestó que era necesario esperar la llegada de los "diputados de los pueblos interiores"; Colina juzgó que "debía permanecer el gobierno actual" con la condición de que se asociarían al Virrey cuatro individuos, elegidos por el Cabildo, hasta que se obtuvieran los votos de las demás provincias; y únicamente Zapiola se plegó al grueso de los peninsulares, haciendo suyo — no sin alguna salvedad — el dictamen del oidor Reyes. (48)

De los cinco togados que formaron parte de la Primera Junta, tres eran ex-alumnos de Córdoba: Alberti, Paso y Castelli.

En la Junta Grande sus universitarios preponderan. Funes y Gorriti — para mencionar a los más ilustres — emprenden la obra orgánica de la Revolución y consagran para siempre las autonomías provinciales, aun cuando no coincidían en fórmulas y detalles. Especialmente Funes, cuyas inciativas y cuya literatura son las de un político técnico, tipo ministro de Carlos III. Con verdad se ha afirmado que el Deán "echó las bases del gobierno en instituciones tímidas y embrionarias si se quiere, pero en cuyo fondo se contienen todos los principios fundamentales de la democracia". (49).

(48) Para efectuar el cómputo he utilizado el acta del Cabildo Abierto (*Registro Oficial de la República Argentina*, tomo I) y las nóminas de ex-alumnos de la Universidad, contenidas en Bustos, *Anales*, etc., tomo III, y Garro, *Bosquejo Histórico*, etc.

(49) E. Martínez Paz, *lug. cit.*

La Asamblea de 1813 congrega a muchos ex-colegiales de Córdoba; y el Cabildo de esta ciudad, en las instrucciones a sus diputados anticipa las leyes de mayor alcance sancionadas por el célebre cuerpo. (50).

El Congreso de Tucumán reúne a los “doctores de Córdoba y Chuquisaca”, — frase clásica de Avellaneda. (51)

Los egresados de la Casa de Trejo se hallan en su ambiente bajo el fugaz apogeo rivadaviano. El “más grande hombre civil de la tierra de los argentinos” los tuvo por colaboradores indispensables y ellos le secundaron en el ministerio, en el congreso, en el periodismo, en la cátedra. Eran los señores de su consejo y los predilectos de su tertulia, ceremoniosa y paqueta como la de un lord. Por deficiencia pragmática y exceso de sabiduría teórica, — seducidos por el político encorbatado y preceptista, que “traía en su reloj la hora de Europa” — aparecieron divorciados del sentimiento nacional; si bien siempre, — y les comprendí por eso la gloria de Rivadavia, — en las avanzadas de la cultura. (52).

Cuando la tiranía de Rosas obscurece al país, los doctores de Córdoba sostienen bravamente la lucha contra el déspota. Sarmiento los enaltece, con emoción, en un pasaje de *Recuerdos de Provincia*. Pero qué digo... ¿no es también Sarmiento, en el propio libro esearnecedor, quien después de lapidar a la Universidad les rinde homenaje en un párrafo que tiene aliento épico?: “La juventud cordobesa se ha distinguido en la actual guerra por la abnegación y constancia que ha desplegado, siendo infinito el número de los que han sucumbido en los campos de batalla, en las

(50) Las instrucciones se hallan transcriptas en Garzón, *Crónica de Córdoba*, tomo I, pág. 174 y siguientes.

(51) De los veintinueve signatarios del acta de la Independencia, quince son cordobeses o doctores de Córdoba: Juan José Paso, Pedro Medrano, José Antonio Cabrera, Jerónimo Salguero, Eduardo Pérez Bulnes, Pedro Miguel Aráoz, José Ignacio Thames, José Eusebio Colombres, Manuel Antonio de Acevedo, Pedro Ignacio de Castro Barros, Pedro León Gallo, José A. Pacheco de Melo, José Ignacio Gorriti, Mariano Boedo, Juan Agustín Maza.

(52) Firman la Constitución de 1826, los siguientes cordobeses o universitarios de Córdoba: Valentín Gómez, Pedro Somellera, Manuel B. Gallardo, Juan José Paso, Eduardo Pérez Bulnes, Elías Bedoya, Mariano Lozano, Salvador Maldonado, Miguel Villanueva, José Eugenio del Portillo, Juan Ignacio Gorriti, Vicente Mena, Alejo Villegas, Pedro Feliciano Cavia, Juan Cruz Varela, Alejandro Heredia, Dalmacio Vélez Sársfield, Manuel Antonio de Castro, Antonio María Taboada, Pedro Vidal, Santiago Funes, Félix Ignacio Frías, José Antonio Barros, Juan Bautista Paz, José Antonio Medina, Juan Antonio Neyrot, Carlito María González.

matanzas de la mazorca, y mayor aún el de los que sufren los males de la expatriación. En los combates de San Juan quedaron las calles sembradas de esos doctores cordobeses, a quienes barrían los cañones que intentaban arrebatar al enemigo". (53).

En las convenciones del 53 y del 60, y en el gobierno del Paraná — particularmente — el grupo central y de labor efectiva está formado por hombres de Córdoba, considerados algunos como expresiones de ultraliberalismo para su tiempo: (54) Fragueiro, del Campillo, Bedoya, Derqui, Lucero, Olmos, Luque, Cáceres...

Ex-alumnos de Córdoba dan a la República la solución de su más trascendental problema político, al obtener la ley de capitalización de Buenos Aires, verdadero eje de la unidad nacional. Y poco más tarde será también obra del esfuerzo de universitarios cordobeses, la reforma del Código para el establecimiento del matrimonio civil. (55)

"Córdoba es la Universidad y la Universidad es Córdoba", como lo exalta Magnasco en una pieza oratoria de subida elocuencia e impecable estilo.

"En cualquier palmo de la tierra común se elabora la historia patria, pero aquí en esta Córdoba — que es altura geográfica y sociológica — parecería enlazarse mejor todo cuanto vamos dejando atrás y todo lo que ambicionamos ver adelante y percibirse en la compacta unidad de su conjunto, desde su origen hasta más allá del instante presente, — el proceso vivaz de nuestra afanosa existencia.

"Aquí parecen recobrar vigoroso relieve, perfiles esfumados, y resurgir de entre las sombras fundamentales macizos; aquí viven aún elementos de edades muertas ejerciendo todavía saludable influjo en la obra de la común solidaridad.

"Desde aquí se divisa mejor nuestras grandes miliarias y restauran sus líneas generatrices la conquista, y la colonia con sus episodios de leyenda, la revolución y la independencia con las músicas triunfales de sus epopeyas, la guerra civil y la barbarie con

(53) Sarmiento, *Obras*, tomo VII, pág. 130.

(54) Lucio V. Mansilla, *Retratos y Recuerdos*, passim.

(55) "La misma determinación universitaria impulsó el liberalismo transformador, puesto que él también fué ante todo un fenómeno cultural. Así, los mejores liberales de lo que han dado en llamar la generación del 80, fueron de Córdoba". Lugones, *Córdoba de la Patria*, cit.

sus tempestades y nublados sombríos, la unidad nacional en sus primeras potentes revelaciones y la labor romana de la organización con todos sus gratos rumores de colmena: *Strepit omne murmure campum.*" (56).

Córdoba fué "la ciudad noble de la Colonia", (57) y al producirse la emancipación, pasó a ser la reguladora de la democracia. Equidistante del Litoral y del Alto Perú, lugar preciso de tránsito y con espíritu social calificado, — recordemos la acción envolvente y tutelar de la Universidad y la Iglesia; "la separación de las clases más profunda que en Buenos Aires; la tendencia aristocrática que lo invade todo en nombre de la prestancia de la sangre y del *decorum* doctoral", (58) — formaba un como remanso de las corrientes encontradas. Sus primeros pobladores instalaron en regiones habitadas por tribus estables, vale decir en terreno ya artigado y productivo. Fatalmente debió constituir el núcleo de la "civilización colonial mediterránea", distinta en su estructura, en su espíritu, en su fisonomía, de la "civilización colonial ribereña". Las diferencias de una y otra han sido magistralmente señaladas por Ayarragaray.

"Córdoba encarna el clasicismo colonial y modera con su espíritu de tradición, los transportes siempre impetuosos y algunas veces radicales de Buenos Aires... Ciudad universitaria, tan antigua como Charcas, con clases relativamente sedimentadas y sobre cuyos espíritus había impreso su sello peculiar el culteranismo escolástico de la España del siglo XVII. Su influencia y su doctrina se irradiaban abundante en el interior del país, por la juventud que acudía afanosa a sus aulas". (59)

(56) Osvaldo Magnasco. Discurso en la colación de grados de la Universidad de Córdoba, 8 de diciembre de 1899.

(57) "El doble rasgo personal — devoción y nobleza — del fundador, se transmitió con carácter sociológico indeleble a la fundación... Córdoba — con su fundador Cabrera y comitiva, su primer obispo residente Trejo y Sanabria, su vecindario de abolengo, sus pergaminos universitarios, por fin, agregados desde temprano a los de las ejecutorias — es la ciudad noble de la colonia". Groussac, *Mendoza y Garay*, pág. 353.

(58) R. A. Orgaz, *ob. cit.*

(59) L. Ayarragaray, *La anarquía argentina y el caudillismo.*

Y David Peña destaca: "Córdoba era el asiento de la cultura desde la época colonial: los jesuitas dejaron en ella la fuerza de la inteligencia en múltiples manifestaciones, a la vez que, por su posición geográfica, era el centro de la República. Dadle a Córdoba un ancho brazo de agua que la comunique con el mar y ese día priváis a Buenos Aires de todo privilegio, porque Cór-

La gente de Córdoba se conforma mejor con las sutilezas del raciocinio que con las corazonadas del impulso. La reflexión y el juicio dirigen su conducta. Los suyos siempre piensan y miden antes de proceder. En la guerra no son Lavalle: son Paz. La pasión, el arrebato no juegan con ellos; mas para deliberar, para organizar, para construir se muestran insuperables. Llegan a hora justa, con la solución en la actitud o la palabra. Representan a Córdoba, que siendo centro en el espacio, por su acción es también centro en el tiempo. Y espacio y tiempo trabados en nudo indestructible, le asignan función de meridiano para el régimen de la vida nacional.

V

¿Ignoraba Sarmiento el papel histórico de Córdoba? Es de suponer que así fuera, allá cuando escribió el *Facundo*, por falta de información y tranquilidad. Tampoco adivinó la trascendencia de su trabajo: “ensayo y revelación para mí...”. Enorgullecido luego por el éxito del extraordinario folletín, no quiso rectificarse, aunque se sintió tocado por la verdad, y guardó en secreto las notas del ilustre consultor, — certeros botonazos cual más, cual menos. ¡“El efecto de los sistemas”, como dice gravemente el doctor Alsina!

Más tarde forma nuevos conceptos y los explaya con idéntica seguridad, si bien ya empiezan a valer y primar las razones. Lo advertimos en *Recuerdos de Provincia*, en ese capítulo dislocado del ambiente del libro, en el que se atribuye un parentesco arbitrario con el deán Funes.

Como en jubilosa tornaboda mostrará Sarmiento su afección a Córdoba, si nos ponemos a contar de entonces. Verdad es que la furia renace en la ancianidad, pero irritada por nombres propios: encréspase a raíz de situaciones personales. Bulle en las páginas virulentas de “La escuela ultrapampeana”, de “Sesenta años después”, de la multitud de artículos recopilados en el tomo

doba estaría llamada a suplantarla, hasta por haberla dotado la naturaleza de mejor clima y hermosura. Por su posición, pues, por ser fábrica de ideas, por su origen, la política argentina de todos los momentos ha considerado a Córdoba un gran factor...”. (*Juan Facundo Quiroga*, pág. 216).

XLVIII de las *Obras*. Allí aparece “Sarmiento en erupción”. Son incontables las saetas que buscan el pecho de Aveilanedo, — “su Juan, su Juan amado” de otros días, — y causan estrago las descargas de gruesa artillería dirigidas contra Pizarro, del Viso, Achával, Cortés y Luis Vélez, — este último su viejo y querido amigo. ¡También ellos le volvían la mano que era un primor!

He mencionado las páginas deliciosas de *Recuerdos de Provincia*. No puedo dejar de hacer otro tanto con las revueltas de su postrer gran libro, contradictorio pero pletórico de ideas y observaciones geniales.

En *Conflictos y Armonías de las razas*, — “el *Facundo* llegado a la vejez” — Sarmiento pone a Córdoba por las nubes. Alaba la iniciativa de sus municipales, en cuya virtud se publicaron “las actas de fundación de una ciudad tan ilustre después, publicación que viene a ser una protesta contra la barbarie e informalidad de los tiempos presentes...” (60) Afirma que “el Cabildo de Córdoba se mostró durante muchos años a la altura del Parlamento inglés. y asombra cómo pueblo tan levantado que lucha dos siglos sin cesar por sus libertades, ha venido a ser el pueblo que consintió a Bustos, que obedeció a los Reinafés y los Quebrabachos...” (61) Condena la ejecución de los jefes realistas de 1810 — volvamos con el recuerdo al CLAMOR y al baldón que a propósito de su leyenda arrojó sobre Córdoba — en estos términos lapidarios: “La revolución quiso valerse de un crimen aconsejado por la necesidad. Sacrificio enorme, que ha costado diez mil cabezas después, para subsanar el agravio hecho a la justicia y la moral”. (62)

Si de la literatura pasamos a la práctica, fácil será comprobar una constante predilección de Sarmiento por Córdoba y sus hombres, y un ostensible respeto por su espíritu.

No olvidaba, por cierto, que Córdoba lo hizo Presidente. Man silla lanza su nombre entre bromas y veras, en Fraile Muerto. Córdoba lo acoge, lo difunde y lo sostiene. Ante el peligro del triunfo de una candidatura que pudiese representar la acentuación del predominio de Buenos Aires sobre las provincias, — la de

(60) Ob. cit., pág. 128 (Ed. de “La cultura argentina”).

(61) *Ibidem*, pág. 152.

(62) *Ibidem*, pág. 343.

Elizalde o la de Adolfo Alsina, o bien encender de nuevo la guerra civil, — la de Urquiza, — Córdoba levantó por bandera la candidatura de Sarmiento, haciendo honor a su equilibrada profesión de fe militante: provinciano en Buenos Aires y porteño en las provincias.

Tan pronto como desembarca, — presidente electo — es visitado por Luis Vélez, quien escribe al gobernador Félix de la Peña: “Sarmiento hará grandes cosas en el interior, y Córdoba, muy particularmente, será la que mejor reporte la nueva situación que se abre al país. Sarmiento cuenta con Córdoba...” (63)

Bien sabía que podía y debía hacerlo, desde que reconoció el peso de Córdoba para la imposición de su candidatura. He aquí su carta del 9 de setiembre de 1868, al nombrado gobernador de la Peña:

“ Su carta de felicitación de 3 de Setiembre no hace más que repetirme lo que sabía de dos años a esta parte en los Estados Unidos, lo que han confirmado espléndidamente los resultados, a saber: que Córdoba, la segunda provincia de la República por su población e influencia, se mostró la primera en asegurar un gobierno extraño a toda influencia local y sólo guiados sus votos por lo que creía el interés general de la Nación a que todas pertenecen. Mi conato será, pues, realizar este voto y estoy seguro del éxito, por poco que los pueblos y sus gobiernos se persuadan que al poner al frente de la falange un individuo, no hacen más que gobernarse a sí mismo, y realizar sus propios deseos y sus legítimas aspiraciones. Para los actos incuestionablemente buenos, un gobierno no necesita de la aprobación de sus sostenedores. Ellos se sostienen por sí mismos. Es para los dudosos, o erróneos, en cuanto proviene de la flaqueza humana, que es necesario y conveniente que los partidos y los pueblos, en lugar de decir “nuestros representantes erraron” digan con más indulgencia, “hemos errado, enmendemos el error”.

“En todo caso, las elecciones han dado un resultado que aún en el extranjero ha hablado muy alto en favor de nuestro país, y es que hay una opinión cualquiera que se ha hecho escuchar en cada una de las provincias, victoriosamente en unas y entre éstas

(63) Inédita. Original en poder del Dr. Roberto de la Peña.

las más avanzadas, combatida en otras, en rarísimas sofocada. Sobre esta base podemos fundar la República.

“Sería defraudar a tantos amigos el darle a Vd. las gracias particularmente por la parte activa que ha tomado en la gloriosa lucha que ha precedido. Creo que cada habitante de Córdoba tiene algo que reclamar a este respecto: los unos por lo que hicieron, los otros por no haber sido un obstáculo intencional.

“Espero que a la inauguración del ferrocarril de Córdoba, si no antes, tenga el placer de ver a mi vieja Córdoba regenerada y siendo como lo es ya, el paladium de la organización nacional”. (64)

Como presidente ubica en Córdoba el centro de su política en los aspectos fundamentales. Y hasta para darse sucesor... Despojemos a su administración de lo que hizo en Córdoba y con el apoyo de Córdoba, y habremos disminuído considerablemente su importancia histórica. Los testimonios están ahí, perennes: ferrocarriles, telégrafos, puentes, caminos, avance de la línea de fronteras, colonias, el Observatorio, la Academia de Ciencias, — Gould y Burmeister — la Exposición... “¿Acaso Córdoba es cosa así no más? ¡Córdoba es la joya de la República!” (65)

Conservó el mayor respeto, sin la menor veleidad, — caso único en su vida — por dos cordobeses representativos: Paz y Vé-

(64) *Obras*, tomo L. Original en poder del Dr. Roberto de la Peña.

(65) A las objeciones de los que se oponían a que Córdoba fuese la sede de la Exposición, sobre todo porque daríase a los extranjeros que concurrían ocasión de apreciar el atraso general del país, Sarmiento responde:

“Para el extranjero, precisamente. Empiece Vd. con que verá el gran río hasta el Rosario, espectáculo más codiciado por el europeo que todas las baratijas de una exposición. Después el Rosario... En seguida la pampa por leguas, silenciosa, inhabitada, inculta, y la contemplará con respeto al saber que hemos decretado suprimirla, y por fin, Córdoba misma. ¿Qué cree Vd. que Córdoba es cosa así no más? Córdoba es la verdadera joya de la República”.

Se le argumenta que los cordobeses serán refractarios a todo progreso...

“Si los cordobeses son reacios, materia de exposición. Si corresponden a la idea que todos abrigan de su cultura y aptitud para el progreso, materia de exposición”.

El interlocutor insiste. ¿Pero no se avergonzaría el Presidente de mostrar a los extranjeros tanto atraso?

“¡Que se avergüence la España! Si no tenemos industria fabril, es porque así lo quiso en su propio daño la nación de que procedemos... Córdoba empezará a marchar, como que la cultura mal encaminada pero real que allí existe, será el origen de un gran progreso... Córdoba será un barrio de Buenos Aires, si Buenos Aires no es al fin un barrio de Córdoba”. (A. Belín Sarmiento. *Sarmiento Anecdótico*).

lez Sarsfield. Envolvía su guante, sin tirarlo, frente a la ciencia del juriconsulto; admiraba la pericia y la integridad moral del guerrero. “Siempre que llegaba a mencionar al general Paz — nos cuenta su nieto Augusto — hacía invariablemente la venia militar o se sacaba el sombrero en señal de respeto inveterado e instintivo”. (66) Al Codificador, — su ministro incuestionable — tributó el homenaje del más puro de sus escritos biográficos, después del ensayo sobre Dominguito: y en la tumba de Rosario Vélez, en el discurso que es una de sus mejores creaciones literarias por la limpidez y la emoción, pronunció estas palabras significativas: “Por aquellas cúpulas de los templos que descuellas a lo lejos, han subido al cielo las plegarias de cuatro generaciones de esta familia. Sus prohombres dejaron oír sus consejos en aquel Cabildo; sus jóvenes sostuvieron sus tesis en aquella vieja Universidad, de donde el Dr. Vélez sacó la chispa luminosa que convirtió en llama su poderos aliento” (67).

La Córdoba del *Facundo* y *La escuela ultrapampeana*, no es la que en realidad conoció Sarmiento, la Córdoba que sin duda amó y que fué núcleo para su labor de gobernante, — labor de extensa proyección en el tiempo. Deficiencias de visión, — imposible es la visión del conjunto desde el pie de la montaña, — hicieron que se tomara a la Córdoba del *Facundo* por la Córdoba de Sarmiento. Tal impresión se graba en pos de una recorrida por la magnífica cordillera intelectual que forman sus *Obras*: allá la cima que se eleva al infinito; aquí la sima que se hunde en lo insondable. Y aquí y allá el risco y la quebrada; el valle fértil y la piedra hostil; la tosca, el árbol y la sombra; la nieve, el aroma y el sol... La capacidad creadora — y Sarmiento la tuvo en grado heroico — lo mismo se revela en la soberbia cumbre que en el tremendo abismo. Por eso sus errores e injusticias fueron geniales y trascendentes como sus aciertos.

JULIO CARRI PÉREZ.

(66) A. Belin Sarmiento, ob. cit.

(67) *Obras*, tomo XXII, pág. 35.